

PALABRAS A LA MUERTE DE MI PADRE

El pasado miércoles cayó una gran hoja de Otoño y me aplastó el alma. Había brotado con ojos muy oscuros y apasionados el 12 de julio de 1.931 en el árbol de una España que estaba a punto de incinerarse con odio fraternal, y me hizo brotar a mí a mediados de los sesenta sobre la tierra joven y soñadora de una mujer que nunca dejó de amarlo, y que ahora lo llora con lágrimas que tienen el sabor de los infinitos paisajes que caben en cuarenta años de matrimonio.

Antes de caer, la hoja brilló de dolor y de rabia y reflejó nuestras miradas en su piel de guerrero viejo, en su carne de hierro oxidado por tantos soles y tantas lluvias, en sus brazos acribillados por decenas de flechas envenenadas de suero, y palpité con titánica pasión en una última batalla por seguir pegada a su rama, tanto que nos pareció como si un caballo se hubiera perdido por el bosque, galopando, enloquecido de rabia ante su inminente derrota, con la muerte detrás, cruel, abominable, dispuesta a anegar sus magníficos músculos ya abandonados por el hígado.

El caballo se derrumbó sobre la alfombra amarilla del bosque y la hoja soltó su mano de la rama que la había sostenido 68 años. Cayó en un vuelo muy lento y abrió en canal el aire de mi pecho. Cuando tocó el suelo, el universo reventó de silencio y nosotros nos diluimos en una lluvia de lágrimas frías.

Desde nuestras ramas mirábamos aquel mar de hojas de Otoño y no supimos encontrar ningún sistema de ideas que aplacase nuestra ira, nuestra desesperación, nuestra perplejidad. Pero ahora, dos días después, no he tenido más remedio que acudir a la farmacopea filosófica, a las drogas ideológicas con que el ser humano aplaca el aliento bestial de la realidad, a los preparados de palabras que permiten no quedarse ciego frente al eclipse que produce el eterno coito entre la Vida y la Muerte. Una de las decenas de drogas que he usado me la ha sugerido una gran dama nacida en la Rusia de los zares y que hace ya muchos años que perdió su individualidad en el Gran Bosque. Se llamaba Lou Salomé y fue capaz de incendiar de veneración a grandes cerebros como el de Nietzsche, el de Rilke o el de Freud. Ella dijo que nacer supone dejar de serlo Todo para pasar a la individualidad, a la parcialidad: Que empequeñece, que mutila. Morir es volver a la plenitud.

Ahora mi padre es todo El Bosque.

Te quiero. ¿Puedes oírme?